



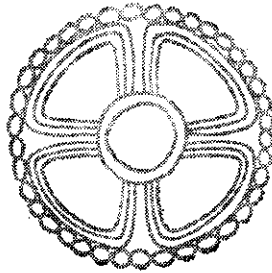
[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

# BOLÍVAR Y LA EDUCACIÓN

*por*

RODOLFO BARÓN CASTRO



*El Salvador*

*Un pueblo ignorante es el instrumento  
de su propia destrucción.*

SIMÓN BOLÍVAR

[Discurso de Angostura, 1819]

**E**N EL AMPLIO espectro de la existencia de Bolívar —sólo cuarenta y siete años vividos desde sus mocedades con dinámica intensidad—, el tema de la educación corre parejas con el despertar de su interés por los asuntos públicos, es decir, por la política.

Cuando confiesa a Peru de Lacroix en 1828 —que lo consigna en su *Diario de Bucamaranga*—, que a raíz de la pérdida de su joven consorte “no teniendo todavía diecinueve años” ha jurado no volver a casarse, y que tal acontecimiento fue crucial para marcar su futuro, lo hace con estas sencillas y reveladoras palabras:

Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado no sería el general Bolívar ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo.

El Bolívar inmaduro que regresa a Europa en 1803, abre en el Viejo Continente los ojos a las nuevas realidades estructurales que remueven, desequilibran y transforman la armazón de los centros de poder que regían el mundo de entonces. El influjo de sus permanencias más o menos largas —por espacio de tres años— en España, Francia, Austria, Italia, Suiza, Inglaterra, Portugal y Pru-

sia, lo reconoce al expresar al citado oficial francés, que igualmente lo anota en su *Diario*, lo que sigue:

Ya entonces iba tomando algún interés por los asuntos públicos. La política me atraía y yo sentía sus variados movimientos.

Ello le permite presenciar en 1804 la coronación del gran corso, la que enjuicia —según lo recoge el mismo confidente—, del siguiente modo:

La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica; lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona.

Estos años europeos son para el joven criollo extraordinariamente formativos, pese a llevar un género de vida que habría anulado las cualidades de otro que no poseyera su mente, su carácter y su temperamento. A los veinte y a los veintiún años, siendo libre y rico, y teniendo aún abierta la herida de una felicidad conyugal truncada en su inicio, no puede extrañar que en tres meses dilapidara en Londres ciento cincuenta mil francos, o que mantuviera en Madrid y Lisboa *un train de prince*, como él mismo confiesa en carta de 1804 a Teresa Laisney de Tristán, madre de la más tarde celeberrima Flora Tristán (1803-1844), que de niña jugaba en el jardín de su casa de París cabalgando en las espaldas del futuro Libertador.

Y fueron formativos, no tanto por haber frecuentado en los salones parisienses de la época a Humboldt, Bonpland o Gay Lussac, así como a otras mentes preclaras de Europa, sino por el afortunado encuentro con su maestro de la infancia en su Caracas natal, el inquieto Simón Rodríguez (1771-1854) —o Samuel Robinson, como decidió

llamarse— con quien no tenía contacto desde 1797, año en el que éste abandonó la ciudad cuna de ambos por razones políticas.

No cabe duda de que este expósito extravagante —“hombre extraño”, como lo definió el propio Bolívar—, fue la persona que más influyó en la mente del joven aristócrata criollo, al extremo de que algunos autores —el francés Marius André, entre ellos— consideran estos años de su deambular por los caminos del Viejo Continente como una dúplica del *Emilio* de Rousseau. No en balde el autor antes citado llama a Rodríguez —o Robinson— “le Jean Jacques américain”. En la carta ya mencionada a la madre de Flora Tristán, reconoce Bolívar esta influencia, señalando en un sitio haber sido la del “compañero de mi infancia, el confidente de todas mis alegrías, de todas mis penas, el mentor cuyos consejos y consuelos han ejercido siempre tanto imperio en mí”; y en otro que “él era mi maestro universal”.

Veintiún años más tarde —1825— el Bolívar estadista menciona en carta dirigida al general Santander quienes fueron los que iluminaron su mente con el caudal de sus conocimientos. He aquí sus palabras:

Robinson, que Ud. conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas artes y geografía, nuestro famoso Bello.

El “famoso Bello” (1781-1865) le llevaba apenas dos años y con él tuvo trato a su regreso a Venezuela, y ocasión de contacto más estrecho cuando ambos —juntamente con Luis López Méndez— integraron la Comisión que fue a Londres en 1810 para recabar el apoyo inglés a la causa de la Independencia. En la captial británica se vieron por última vez, distanciándose sus vidas para siempre.

En cuanto a Rodríguez, no sería fácil resumir en pocas líneas los avatares de su turbulenta existencia desde su

salida de Caracas en 1797 (Kingston, Baltimore, Cádiz, Bayona, París y Viena). Hasta la capital del Imperio austriaco va Bolívar en su busca, pero no consigue arrancarlo de los experimentos científicos que absorbían en aquel momento toda su atención.

Sin embargo, logran por fin reunirse en París, conviviendo “los dos Simones” —como se dio en llamarles más tarde— en un apartamento de la calle Lancry. En marzo de 1805, conforme recuerda O’Leary en sus *Memorias*, salieron para el viaje a Italia en un recorrido de impresionante valoración histórica.

En efecto, si en Milán presencian la coronación de Napoleón como rey de Italia, y en Roma, tomando por testigo a su amigo y mentor, sella Bolívar consigo mismo el compromiso de no dar descanso a su brazo ni reposo a su alma hasta haber roto las cadenas del poder español, lo que constituye la médula de su juramento en el Monte Sacro, en la ciudad de los césares reanuda sus contactos con Humboldt y, más tarde, en Nápoles, acompaña —siempre con Rodríguez— a Gay Lussac en una ascensión al Vesubio.

Los “dos Simones” vuelven a París. El más joven está ya impaciente por retornar al Nuevo Mundo. El otro prefiere continuar en Europa su asendercada existencia. A fines de 1806 Bolívar emprende el regreso. En esos años, no sólo pudo permitirse el lujo de llevar en ocasiones una vida de príncipe, sino que recibió —literalmente—, una educación de príncipe.

Y el adiós al teatro de su maduración intelectual y política —el *Emilio* ha completado su ciclo formativo—, no puede ser más russoniano, incluida una alusión al “buen salvaje”. He aquí lo que escribe desde el puerto de embarque, en un francés impecable, a la madre de Flora Tristán:

Voy a buscar otro modo de existencia; estoy harto de Europa y de sus viejas sociedades; me vuelvo a América: ¿qué haré allí? No lo sé. Ud. sabe que todo en mí es espontáneo, que nunca hago proyectos. La vida del salvaje tendría encantos para mí. Es probable que yo construya una choza en medio de las bellas selvas de Venezuela. Podré allí romper a mi gusto las ramas de los árboles sin temor a que se me regañe.

LA REALIDAD del Continente americano, y la presión de los acontecimientos, le hacen arrinconar su “boutade” russoniana —en el fondo sólo escepticismo y “dandysmo”— y traer al primer plano de sus preocupaciones el juramento del Monte Sacro, que no había de quedar en vano gesto grandilocuente.

Por ello, el Bolívar que va a Londres en 1810 tiene ya un compromiso irreversible que le obliga a penetrar en un terreno para el cual su preparación era insuficiente: el militar. En éste no sirven las lecciones de Robinson ni las de Bello, ni el haber discutido los problemas de la América española con Humboldt, Bonpland, Azara o Miranda, su ilustre y glorioso compatriota. Su “educación de príncipe” le preparó para estadista, no para estratega.

No hace al tema del que tratan estas líneas el indicar cómo, sobre la marcha, Bolívar domina rápidamente los secretos de un arte del que, virtualmente apenas si había visto los oropeles del triunfo, sobre todo a través de Napoleón. Cierto es que, como numerosos jóvenes de las familias patricias ingresa, cumplidos los quince años, como cadete en el Batallón de Milicias de Blancos del Valle de Aragua, del que su padre había sido coronel. Pero esto no significaba, en el fondo, sino una cuestión de prestigio social.

En julio de 1798 recibe el despacho de subteniente. En 1810, antes de salir para Londres, la Junta de Caracas le nombra coronel. Este coronel pudo ser un Empe-

cinado o un Mina, es decir, un guerrillero afortunado y valeroso. Sin embargo fue un Washington o un Napoleón. ¿Dónde está el fundamento de esta prodigiosa mutación?

Quien pergeña estos párrafos es consciente de que sobre Bolívar, si no se ha escudriñado todo lo que concierne a su vida y a su obra, queda poco por rebuscar. Estudiosos de los más variados países han levantado un gigantesco monumento a su gloria en un océano de tinta de imprenta en el que no es nada fácil navegar, ya que los arrecifes amenazan escorar el barco del más avezado timonel. Y, naturalmente, sobre este punto concreto las tesis abundan. La prudencia, sin embargo, aconseja seguir el criterio de uno de los que mejor estudiaron su vida —Vicente Lecuna—, quien en su obra póstuma *Bolívar y el arte militar*, señala que el Libertador tenía por lecturas y meditación un conocimiento teórico personal de las artes marciales, al que añadió su genio de gran capitán nato, capaz, por lo tanto, de aventajar a adversarios que habían consagrado años de estudio y de disciplina en las guarniciones a su formación profesional, amén de su intervención, a lo largo de su carrea, en hechos de armas diversos.

No cabe descartar —aunque ello carezca por ahora de una comprobación suficientemente válida— el que, como apunta el eruditísimo Zérega Fombona, pudo haber permanecido por algún tiempo —corto, desde luego— en la “Ecole Royale Militaire” de Sorèz en el Languedoc, durante su viaje a París y Amiens en 1802, es decir, antes de su boda, que se celebró en Madrid el 26 de mayo. Este centro de estudios militares atrajo a muchos extranjeros —incluso bastantes españoles—, lo que mereció de Jovellanos un incisivo alfilerazo en su *Sátira*. Pero lo importante es que en el caso de Bolívar, el guerrero —obra de su genio— se amalgama con el estadista.

EL INTERES de Bolívar por la educación queda patente a lo largo de toda su existencia, a través de testimonios claramente expresivos. De igual manera cabe señalar que en ningún momento abandonó la idea de que el bienestar de los pueblos de la América española, por cuya independencia luchaba, debía asentarse en la dicotomía libertad-educación. En efecto, sin tal emparejamiento condicionante, su objetivo del “Poder Moral” habría carecido de sólidas bases en las que afirmarse.

Lógicamente, sólo cuando es gobernante puede Bolívar incidir con eficacia en el tema educativo. En sus grandes documentos políticos su preocupación acerca de éste aparece siempre viva, palpitante. Estas palabras, en el *Discurso de Angostura* —es decir, el dirigido al Congreso que en la población de este nombre celebra allí sus sesiones en 1819—, son todo un programa, válido para entonces y válido para hoy:

La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los celos de una República, moral y luces son nuestras primeras necesidades.

Como es fácil suponer, cuando los más variados aspectos de la acción del Libertador han sido estudiados, analizados, medidos y comparados, no iba a quedar en la sombra una actividad sugerente como la relacionada con la educación. Así, bastará reproducir alguno que otro comentario entre los muchos y muy valiosos externados por los principales conocedores de su vida y de su obra. Valga de entrada este de Rufino Blanco Fombona en *El pensamiento vivo de Bolívar*:

Al revés de Rousseau, no cree Bolívar que el hombre en estado natural —o cultivado con descuido— pueda lograr la salvación terrena. Piensa que es un deber ayudarlo a salir del estado



de naturaleza. El deber de los hombres superiores consiste en sacrificarnos en pro de los hermanos menos favorecidos por la naturaleza, la fortuna y la educación. Su preocupación por la instrucción pública fue la mayor en su tarea de reconstrucción de América. Un hombre sin estudios —pensaba— es un ser incompleto.

Sobre otros muchos aspectos de cuestión tan llena de sugerencias, los especialistas han acumulado datos que certifican lo certero del juicio precedente. Quede también, recomendado al interesado lector, el excelente trabajo de Armando Rojas aparecido en 1952 con el título de *Ideas educativas de Simón Bolívar*.

Pero lo realmente extraordinario, no es sólo el hecho de que Bolívar funde las primeras escuelas normales del Continente americano, y otras de artes y oficios, minería, etcétera, donde hacían falta (y conste que la Administración española había cubierto el inmenso ámbito de su Imperio de universidades, seminarios, imprentas, cultas sociedades “de Amigos del País”, amén de haber organizado expediciones científicas, algunas de ellas tan valiosas como las botánicas, instalado observatorios, etcétera), sino que se convierte en innovador, introduciendo métodos y sistemas educativos, como en el caso del lancasteriano, haciendo llegar a Caracas a su inventor, al que conoció en Londres en 1810 y al que protegió. “Yo he hecho establecer el sistema lancasteriano en toda Colombia; y eso sólo hará a la generación venidera muy superior a la presente”, confió el Libertador al comodoro estadounidense Hull en 1823. No menos importancia tuvo la llegada de sabios como Bonpland y Boussingault, a los que había tratado en Europa.

Sin embargo, la ocasión se le presenta para poner en práctica su ideario, tanto en lo estrictamente político como en lo social, lo económico y lo cultural con el nacimiento

del Estado al que se bautizó con su nombre: Bolivia. “Hija de mi gloria”, la llamó el Libertador. A esta extraordinaria circunstancia pueden aplicarse con propiedad absoluta las expresiones definitorias que le dedicaron Rafael Caldera y Roberto Prudencio: “Arquitecto de una nueva sociedad” y “Creador de patrias”, respectivamente.

Y para innovar —en el nuevo Estado que emerge de la hispánica Audiencia de Charcas (el Alto Perú), incluida en el Virreinato del Río de la Plata al crearse éste en 1776—, Bolívar recurre, para organizar la educación, a su antiguo maestro Simón Rodríguez, que había retornado al Nuevo Mundo en 1823, cansado de su peregrinar europeo. Es decir, que en el espacio de casi dos décadas de distanciamiento físico, en Bolívar no había disminuido un ápice el respeto y la admiración que sentía por su mentor de la niñez y la juventud. De no ser así, no le habría considerado como pieza clave de su proyecto altoperuano, es decir, boliviano, y más claramente, bolivariano.

De lo anterior da fe plena la carta que el Simón discípulo —en la cumbre de su fama— escribió desde Pativilca, el 19 de enero de 1824, al Simón maestro, y a la que pertenece este párrafo:

Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fue mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado: no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles.

Los “dos Simones” se juntan nuevamente en Lima, ciudad de la que salen para Bolivia el 11 de abril de 1825. Rodríguez llevaba en el bolsillo el nombramiento de di-

rector e inspector general de Instrucción Pública y Beneficencia. En septiembre se encontraron con el mariscal Sucre —futuro presidente de la flamante República—, y siguieron hasta la capital —Chuquisaca—, que tomaría el nombre de Sucre, en honor del Gran Mariscal de Ayacucho.

Rodríguez se movió en su recién estrenado cargo público con dinámica actividad, fundando instituciones —la Escuela Modelo entre ellas—, cambiando métodos, sistemas y personas, hasta chocar finalmente con el jefe del nuevo Estado. Fabio Lozano y Lozano, biógrafo y panegirista de Rodríguez, lo reconoce de esta guisa en su obra *El maestro del Libertador*:

Era el espíritu del señor Rodríguez demasiado innovador para el medio y para la época: mal podía él avenirse con el metódico Sucre, y mucho menos con la oscurantista y reaccionaria sociedad en que se agitaba. Por otra parte, sus genialidades, reagravadas con la edad, habían venido a convertirse en extravagantes e insoportables caprichos. Todo contribuyó a que su patriótica empresa cayera en desprestigio y claudicase enseguida.

Sucre, en cartas al Libertador, se refiere a estas diferencias, expresándole que siente decirle “cosas desagradables de persona que usted aprecia”, y le señala que “don Samuel” (como se firmaba cuando era “Robinson”), “dice que usted —Bolívar— le ofreció que en esto —educación— tendría una independencia absoluta de todos: de manera que el Gobierno no sería nada aquí”. De modo tan desafortunado —aunque no tan imprevisible, conociendo a “don Samuel”— terminó el experimento. Rodríguez pidió sus pasaportes y, enfurruñado, abandonó el territorio de la antigua Audiencia de Charcas para seguir viviendo en otros países de Sudamérica conforme a su

peculiar estilo, lleno siempre, eso sí, de una original, honrada y libérrima forma de actuar.

También pensó Bolívar en que pudiera volver al solar nativo su otro maestro —Andrés Bello—, pero el propósito no pudo cumplirse, ya que Chile se anticipó a ofrecerle, en 1829, una situación estable, que le compensara de las penurias y altibajos de su larga etapa londinense. Bello —la contrafigura de Rodríguez en cuanto a sistema de vida— hizo en su patria de adopción, en décadas, lo que hubiera deseado realizar “don Samuel” en Bolivia. “Dudo que ningún país de América —escribe Pedro Crases, uno de los mejores conocedores de la obra del insigne caraqueño— haya recibido de un solo hombre tan prodigioso magisterio como Chile recibió de Bello”.

El apretado resumen que figura en las líneas que anteceden, apenas si alcanza a presentar al lector de nuestros días, en ocasión del bicentenario de su nacimiento, algo de lo que constituyó el ideario del Libertador en materia educativa.

Y tal vez no sobre traer a cuento, como reflexión final de síntesis, estas palabras de una de las más grandes figuras de la historiografía hispanoamericana: Carlos Pereyra. Helas aquí, tomadas de su *Bolívar y Washington*:

Sabe como se puede intentar lo imposible y sabe dar a la primera el aliento de la vitalidad. Sin embargo, no es un loco empeñado en tomar como verdaderas sus ensoñaciones. Es el genio que divisa claramente las realidades posibles, pero distantes, y que anticipa con datos de la propia videncia lo que aún no existe, pero que nacerá necesariamente algún día, o lo que debe hacerse para que la obra tenga consistencia. Una razón luminosa, una imaginación fecunda, una sensibilidad como de poeta y una voluntad incommovible; todas estas condiciones se armonizan en un milagro de equilibrio. Por ellas merece Bolívar el título de genio.